

RAZON DE "ENCUENTRO"

Los intelectuales nicaragüenses a quienes se nos ha encomendado la tarea de publicar esta Revista de la Universidad Centroamericana hemos querido darle el sencillo nombre de "ENCUENTRO"

Esta palabra, que para algunos evocará las "rencontres" de intelectuales y escritores celebradas en Europa, tiene indudablemente el mismo sentido de confrontación de ideas y actitudes sobre problemas de la Cultura y del mundo actuales que han tenido esas reuniones internacionales, pero encierra además para nosotros un doble y más vital significado.

Por una parte es expresiva de la realidad geográfica y cultural de Nicaragua como centro de unión cordial y umbilical de las dos grandes masas terrestres del Norte y del Sur del Continente americano que aquí juntan y confunden flora, fauna y savia telúrica; y de encuentro y confluencia a la vez de las dos grandes corrientes culturales indígenas: la nahua y azteca que bajaba de la meseta mejicana y la inca y chibcha que subía de los valles andinos y de las montañas de Colombia; a las que se unían luego, con fuerza dominante en el mestizaje, la cultura europea de la España conquistadora y misionera. Por otra parte, "ENCUENTRO" expresa un propósito vital de entender y realizar la Universidad y la Cultura con sentido original y auténtico de solidaridad humana esencial entre maestros y estudiantes, entre intelectuales y hombres de distintos signos y generaciones con voluntad de diálogo, de buscar el encuentro de la individualidad y socialidad propias del hombre en el hombre mismo como sujeto de la vida y de la Historia, el encuentro de Dios en el hombre y del hombre en Dios, y por ende en sí mismo y en los demás hombres.

Pero el propósito vital así enunciado exige evidentemente una explicación:

El vocablo Universidad no tiene originalmente otro significado que el de totalidad de un grupo o gremio. "Universitas" eran los gremios medioevales de albañiles, carpinteros, bordadores, cuchilleros, etc. "Universitas" fué, por antonomasia, la agrupación de maestros y estudiantes, UNIVERSITAS MAGISTRORUM DISCIPULORUMQUE, y a ella quedó restringido finalmente el nombre.

La primera "Universitas" fué la de Bolonia, organizada por los estudiantes en la primera mitad del Siglo XII. Por encima de todo los unía el ansia de saber característica de la Edad Media, tan calumniada de oscura y tenebrosa, pero que, en el decir de Christopher Dawson, "fué la edad creadora por excelencia, ya que no formó esta o aquella manifestación cultural, sino la misma Cultura y la base de todos los logros culturales posteriores".

En busca de las enseñanzas de Maestros famosos como Abelardo, miles de jóvenes y aún niños, desde todos los confines de Europa, emprendían la peregrinación a París, Bolonia, Oxford, Palencia o Salamanca. La Cultura de Occidente, y la Cultura humana toda, se ha hecho en la conjugación del verbo "peregrinar". Porque el hombre es natural y fundamentalmente un peregrino sobre la tierra. "Peregrinación", dice el Diccionario de nuestra lengua en la segunda acepción del vocablo, es "la vida humana considerada como paso para la eterna".

Fundadores de religiones y conductores de pueblos, apóstoles, reformadores y misioneros, guerreros y conquistadores, han realizado su obra en función de peregrinos, teniendo siempre su Meca o su Jerusalén, y poniendo siempre en la vida y en el alma de los hombres la visión de una tierra prometida. Y el Arte mismo : qué otra cosa es sino la aventura peregrina de los Ulises y Quijotes ? Rubén lo expresa en sus "Cantos de vida y de esperanza" :

"peregrinó mi corazón y traje
de la sagrada selva la armonía"

Y la otra gran aventura humana, la de la Ciencia, se realiza también alrededor del viaje hacia lo extraño y desconocido, que ésta es la primera y original acepción de "peregrino" : "él que anda por tierras extrañas". Peregrino fué Colón, el navegante que encontró a América y abrió las puertas de la Edad Moderna, como peregrinos son los astronautas que en nuestra Edad Atómica giran ingrátidos alrededor de la tierra y que en día no lejano encontrarán la luna.

El hombre, peregrino del Arte, de la Religión, de la Ciencia, de la Vida, va siempre al encuentro de algo : el Paraíso, la piedra filosofal, el vellocino de oro, el sepulcro de Cristo, el Santo Grial, las Islas de la Especiería, el Estrecho Dudoso, la pura forma de la belleza, la Utopía, la tercera dimensión, la Luna, Marte, el espacio infinito. Pero lo que hace al Arte, a la Religión, a la Ciencia, a la Historia, a la Vida del hombre sobre la tierra, no es el encuentro con la meta final o ideal sino los sucesivos encuentros del camino, y el encuentro del hombre consigo mismo.

En la búsqueda del saber los estudiantes peregrinos de la Edad Media se encontraron unos con otros y se encontraron con los Maestros. Nacieron así las "Universitas", llamadas también "Estudios generales", nombre que ahora vuelve a usarse con acierto para integrar la enseñanza de las ciencias en una base humanística. "Estudio - define Alfonso X el Sabio, en el Título 31 de la segunda de sus famosas "Partidas" - es ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes".

La sabiduría nace, pues, del encuentro, o de los encuentros. Ese es su sentido original que no debe perderse, o mejor dicho que es necesario recuperar. Porque el hombre moderno, a medida que ha conquistado el dominio físico del mundo por medio de la máquina, que le ha permitido superar las barreras del tiempo y del espacio distanciadoras y separadoras de los individuos y de los pueblos, paradójicamente se ha ido aislando cada vez más en su egocentrismo, en su individualismo antropocéntrico, Barreras de raza, de clase social, de nacionalismo, de religión, de ideologías políticas; murallas de odio, de incompreensión, de intereses creados, de autosuficiencia, se levantan por todas partes y nos impiden compartir el pan, la cultura, la ciencia, el progreso y la justicia. Y este aislamiento trágico ha conducido no sólo a catástrofes históricas colectivas de diversa índole sino a una ruptura íntima de la célula social humana, a un conflicto generacional por el profundo divorcio y desajuste espiritual y moral de las nuevas generaciones con respecto a sus padres y al mundo creado por éstos.

Más esta ruptura generacional de la familia es, en último término, ruptura íntima del propio ser humano. El hombre se halla dividido, partido en sí mismo. Lo que en el hombre hay de social, de histórico, y lo que hay en él de individual, se han divorciado. La individualidad y la socialidad del hombre ya no se encuentran en el hombre. Se han desencontrado. Y por consiguiente el hombre ya no se encuentra en sí mismo hombre,

hombre completo; ya no se encuentra consigo mismo. Su equilibrio espiritual está roto; ha sufrido una alteración; está fuera de sí.

La socialidad como parte integrante del espíritu humano consiste en encontrarse el hombre a sí mismo en los demás hombres; y primeramente en el consanguíneo inmediato. El padre se encuentra a sí mismo, se identifica primeramente en el hijo, y el hijo en el padre. Es a través de este encuentro o identificación primaria que el hombre puede encontrarse a sí mismo en el pasado y encontrarse a sí mismo en el futuro, en la proyección del futuro; o sea que se ubica en el mundo, en el tiempo y adquiere conciencia social, conciencia histórica. Y por este encuentro de sí mismo en la humanidad del pasado y en la del porvenir se establece el vínculo social humano extrafamiliar con el prójimo y con los grupos sociales.

Mientras el encuentro o vínculo primario entre padre e hijo se mantenga, existe una base sólida para reparar cualquier ruptura de los otros encuentros o vínculos de la socialidad humana. Pero destruido ese vínculo primario el hombre pierde su conciencia de ubicación histórica y el proceso de disolución social es inevitable. De ahí la extrema gravedad de la ruptura íntima de la familia, que se ha operado en la medida en que el mundo moderno ha prescindido de la idea de Dios, creador del hombre a su imagen y semejanza, como centro de la vida humana y de la Historia.

Sólo partiendo del concepto de la criatura humana como imagen de Dios, y, por lo tanto, del encuentro e identificación de sí mismo en Dios, puede el hombre encontrarse e identificarse en los demás hombres y realizarse socialmente en la vida y en la Historia. Este encuentro e identificación es amor: amor a Dios y amor a los semejantes. No otro es el sentido del Primer Mandamiento: "Amarás a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a tí mismo".

Para amar a mi prójimo como a mí mismo tengo que encontrarme a mí mismo en él; y esta identidad y semejanza no es otra que la semejanza en Dios que nos creó a ambos a Su imagen. Y la más directa expresión de la imagen y semejanza de la criatura humana con Dios es la imagen y semejanza familiar del hijo con el padre. La paternidad humana es la expresión más inmediata a la paternidad de Dios. Y en esta paternidad divina, y sólo en ella, pueden fundarse la igualdad y la fraternidad de los hombres y realizarse la vida de comunicación y comunidad en que se fundan el saber, el Arte y la Cultura humanos.

Buscamos pues el encuentro, palabra clave de las relaciones humanas, del hombre con Dios y consigo mismo y con los demás hombres, para superar el trágico aislamiento del individuo en el mundo actual. Es necesario restaurar hasta donde sea posible el espíritu comunitario, el sentido de solidaridad humana en el quehacer de la Cultura y de la vida.

Comencemos por el comienzo. Cultivemos el encuentro. Forcemos, si es preciso, el encuentro. Que nadie nos pueda acusar, al menos, de no haberlo intentado.